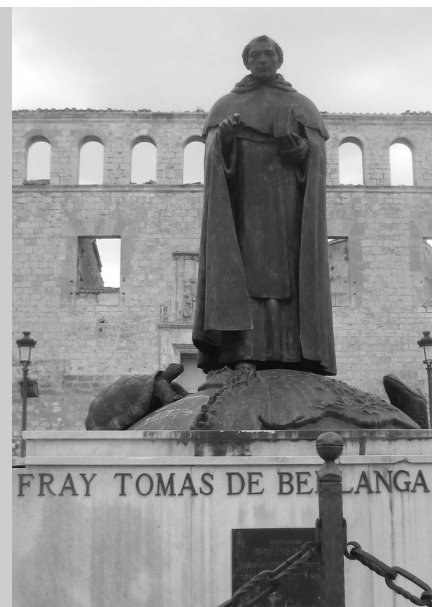


CRÓNICA DE FLOREANA (I)

H. Salvador Martínez



Floreana, o Isla Santa María, es el nombre de una de las islas que forman el archipiélago de las Islas Galápagos. El archipiélago se encuentra a 906 km al oeste de la costa de la República de Ecuador en el Océano Pacífico y a caballo de la línea ecuatorial. Su nombre ha resonado en el mundo científico por los dos viajes de Charles Darwin, especialmente el segundo, a bordo del HMS Beagle que le llevó a estudiar la gran variedad de especies endémicas de estas islas, estudio que propició su célebre teoría de la evolución de las especies a través de la selección natural.

Geológicamente estas islas tienen un origen y una composición muy particular. Nacidas por actividad volcánica del fondo marino, y no desgajadas de la masa continental, algunas se encuentran en el hemisferio norte y otras en el hemisferio sur, con los volcanes Wolf y Ecuador en la isla Isabela directamente sobre la línea ecuatorial. Las primeras islas se formaron, por lo menos, hace 8 millones de años y, según algunos geólogos, tal vez hace más de 90 millones. El grupo consta de 18 islas mayores y 3 más pequeñas, más otras 107 puntas y promontorios menores que surgen del fondo marino. De la Isla Darwin, la más al norte del archipiélago, a Española, la más al sur, hay una distancia de 220 km. El entero archipiélago consta de una extensión de 7.880 km² de tierra esparcidos en 45.000 km² del Océano Pacífico. La mayor de las islas es Isabela con 5.800 km² y seis impresionantes volcanes (Ecuador, Wolf, Darwin, Alcedo, Sierra Negra y Cerro Azul). Dos de estos volcanes, Wolf, el más alto del archipiélago, se eleva a una altura de 1.707 m sobre el nivel del mar, y Ecuador se encuentran directamente sobre la línea ecuatorial.

Mientras otras islas han ido desapareciendo a lo largo del tiempo, Isabela, junto con Fernandina,

las dos más jóvenes, están en pleno proceso de formación. A finales de junio de 2018 el volcán Sierra Negra, en la isla Isabela, una de las más activas del archipiélago, dio principio a una nueva serie de erupciones que no se habían visto desde 2005; la lava llegó hasta la costa, obligando a unos cincuenta residentes a abandonar la zona. Por su parte, una explosión de otro volcán en Fernandina, en abril de 2009, provocó el corrimiento de lava tanto hacia las costas como hacia el centro de la caldera. Ambas islas hoy día están fuera del alcance de los visitantes por el gran peligro que representan. Los nueve volcanes más activos han tenido erupciones de mayor o menor importancia 24 veces entre 1961 y 2018.

La población de las islas, según el censo de 2010, es de 25.124 habitantes. Distribuidos entre cinco islas: San Cristóbal, que los ingleses llamaron Chatham, en memoria de William Pitt, primer Earl de Chatham, tiene un área de 558 km² y su punta más alta alcanza los 730 m; es la primera isla que visitó Charles Darwin durante su primer viaje. En San Cristóbal se halla la capital de las islas, Puerto Baquerizo Moreno (4.214 habitantes). La isla contiene el mayor lago de agua dulce del archipiélago (Laguna Junco) y tiene una población aproximadamente de 6.000 habitantes. Aquí se encuentra el Centro de Interpretación de las Galápagos, financiado por el Gobierno de España a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). La isla de Santa Cruz (conocida en las cartas inglesas como Indefatigable) es la más poblada del archipiélago con unos 12.000 habitantes; su ciudad más importante es Puerto Ayora con 11.974 residentes; en esta isla se halla la Estación Científica Charles Darwin (Charles Darwin Research Station) que depende de la Charles

Darwin Foundation, dedicada a la conservación, reproducción y repoblación de algunas especies que se encuentran en peligro de extinción en las demás islas. Puerto Ayora es también el centro comercial y la base de operaciones de todas las compañías turísticas que desempeñan sus actividades en las islas. La tercera isla por su número de residentes es precisamente Floreana con una población de unos 100 habitantes. Su capital es Puerto Velasco Ibarra. Las demás islas, con excepción de Baltra (aeropuerto de Seymour) e Isabela, la de mayor extensión, donde los residentes se pueden contar con los dedos de una mano, están completamente despobladas. Pero también este aspecto demográfico de las islas está cambiando rápidamente. Desde 1995 el crecimiento de la población está teniendo cuotas insostenibles del 8% al año.

Desde hace unos años estas islas se han convertido en destino preferido de las grandes agencias internacionales de turismo y de adinerados yatistas. Cada visitante viene con su propio bagaje cultural y sus intereses particulares, pero todos llegan con el deseo común de conocer un mundo imaginado como el último Edén. En general, entre los visitantes han predominado y siguen predominando los entusiastas de la fauna, terrestre y marina, que en el archipiélago cuenta con unas cinco mil especies endémicas. Aquí pueden admirarse las célebres fragatas; los lobos marinos; las tortugas gigantes; los bobos de patas azules y rojas; otros pájaros y reptiles tropicales; iguanas marinas, rojas y negras; delfines; pingüinos; etc., y sobre todo una incontable variedad de pájaros (*finches*) que cambian de pico según la isla en que se encuentran, que fascinaron a Darwin y dieron origen a su célebre teoría de la evolución de las especies. Además de la rica fauna, se da también una flora muy particular que ya mencionó su descubridor, como la *Calandrinia galapagosa*, el *Lecocarpus darwini*, y árboles como el *Lignum vitae*, objeto de extraordinaria veneración entre los europeos del siglo XIX por creer que curaba el «mal francés».

No soy ni geólogo ni etnólogo, pero, por las lecturas hechas en preparación para el viaje (y sucesivamente las conversaciones con los isleños), desde el primer momento que puse pie en el aeropuerto de Baltra, me interesó, además de la historia natural, de la presencia humana en aquel remoto lugar del globo, precisamente porque a través de esta historia humana ha sido posible llegar a conocer la de la fauna y la flora del archipiélago; así como vislumbrar las mayores tropelías cometidas por los humanos en su deseo insaciable de hacerse con todo lo que tocan, ambiciones que han puesto en peligro repetidamente la frágil naturaleza de este remoto rincón del planeta. En este contexto, me ha interesado tanto la historia del natu-

ralista Charles Darwin, bien conocida, como la del humanista Fr. Tomás de Berlanga, descubridor de las islas, mucho menos conocida, por no decir ignorada.

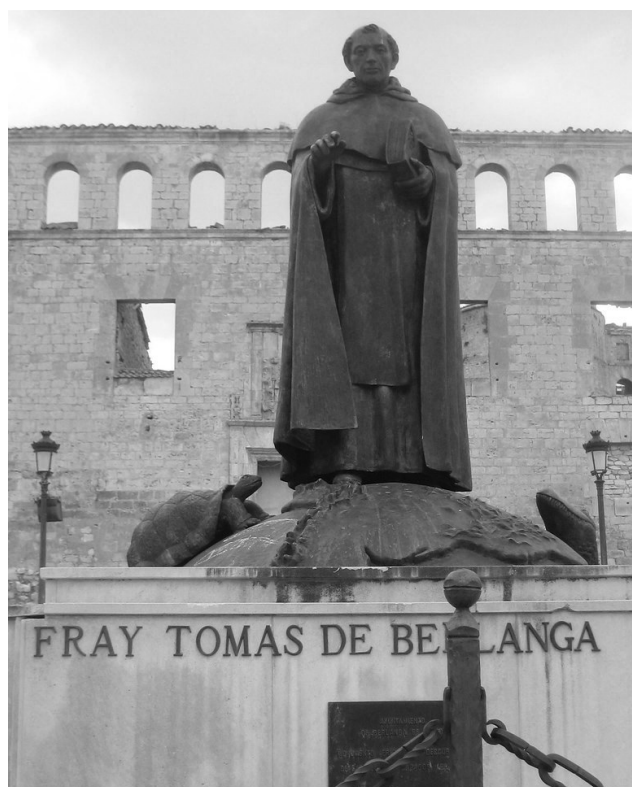


Mapa de Isla Floreana.

Se ha discutido entre los antropólogos de nuestros días la posibilidad de la presencia humana en las islas antes de la era precolombina. Según Tor Heyerdahl y Arne Skjølsvold, en un estudio publicado en 1952, las islas habrían sido visitadas por pueblos precolombinos¹. La evidencia de esta opinión la fundan en el hallazgo de una flauta inca y más de 130 cascotes de cerámica que posteriormente fueron identificados como de origen preinca. Sin embargo, no han sido hallados restos humanos en tumbas, ni dispersos, ni vasos ceremoniales, ni vestigios de construcciones; lo cual es un buen indicio de que, si grupos humanos precolombinos conocieron estas islas, no establecieron residencia permanente, sino que se trató probablemente de viajeros o pescadores que arrastrados por los vientos o las corrientes marinas fueron a parar a alguna de estas islas. La carencia de agua potable fue sin duda uno de los mayores inconvenientes para establecer una residencia permanente. En relación con la posible presencia de los incas, de la cual habla el cronista español Pedro Sarmiento de Gamboa (1532-1592) en su *Historia de los incas* (1572), el cual sostuvo que Topa Inca Yupanqui, Segundo Sapa Inca, visitó el archipiélago, los «expertos» sostienen que no hay evidencia alguna de tal visita, arguyendo, entre otros motivos, el de que los incas no fueron marineros (no recelo en manifestar mi escepticismo acerca de la preeminencia de la opinión de los «expertos» sobre la del testigo ocular, la relación contemporánea, o la de la tradición oral, cuyo valor, hoy, se descarta sin más).

Históricamente, el primer visitante de estas islas fue el dominico Fr. Tomás de Berlanga (1490 -1551), al cual se atribuye su descubrimiento, que, se puede decir, como el de Colón, fue casual y fortuito. ¿Quién fue Fr. Tomás y por qué y cómo fue a parar a aquellas remotas islas?

Resulta un problema de espacio exponer los detalles de la fascinante biografía del primer occidental que vio las islas Galápagos. La historia del descubrimiento es conocida por una carta que el mismo Fr. Tomás escribió al emperador Carlos I.



Monumento a Fr. Tomás en su ciudad natal.

Cuando escribe al emperador el dominico tenía ya una larga historia de intereses teológicos, filosóficos y científicos, además de profundas inquietudes morales. Fr. Tomás Martínez Gómez había nacido en Berlanga de Duero (Soria) en 1490, y había estudiado en el célebre Colegio de San Esteban de los dominicos de Salamanca. Allí tomó también los hábitos de la Orden de Santo Domingo en 1508, adoptando el sobrenombre de su lugar de nacimiento, Berlanga, como era costumbre de la época. Partió para la isla Hispaniola (hoy República Dominicana) con la segunda expedición de dominicos que salió de España para educar y evangelizar a los indígenas del Nuevo Mundo en 1511. Fr. Tomás tenía entonces 21 años.

Fr. Tomás tenía un temperamento dinámico, con una gran curiosidad intelectual y un entendimiento abierto a todo género de novedades y circunstancias del momento, como era la condición de los indios. Sus inquietudes morales le llevaron a ocuparse de las realidades materiales en las que, observó, se encontraban los indios, impulsando la agricultura y creando mecanismos de apoyo social en favor de los que se hallaban en mayor necesidad. Fr. Tomás, en uno de sus viajes, llevó de España a Santo Domingo una va-

riedad de plátano, banana o bananito, procedente de las Islas Canarias. Fue, asimismo, el primer español que comenzó a plantar el tomate de forma intensiva; y, por su correspondencia, se sabe que fue un pionero en el campo de la ecología. En su carta del 26 de abril de 1535, como veremos, manifiesta al emperador su preocupación por la fauna (galápagos, iguanas, aves y lobos marinos) que encuentra en las islas Galápagos. Y en otra carta del 15 de diciembre de 1538 insiste en que no deben sacarse perlas del mar con red, por el destrozo ecológico que este método de pescar representaba, sino que deben pescarse con el método tradicional.

Desde sus primeros tiempos en Santo Domingo, Fr. Tomás estuvo comprometido en la defensa de los indígenas. Fue uno de los protagonistas del célebre sermón de fray Antonio Montesinos (h. 1475-1540), pronunciado el 21 de diciembre de 1511, Cuarto Domingo de Adviento, que conmocionó a la entera colonia de la isla y a la misma Corte de los Reyes Católicos. Fr. Antonio era compañero suyo y había llegado a la isla en la primera expedición de dominicos. Aquel sermón sobre el tema *Vox clamantis in deserto* [«soy la voz que grita en el desierto»] tendrá consecuencias imprevistas, cual fue la inicial expulsión de la colonia de Fr. Antonio y sus defensores, que una vez en España convencieron al rey de la rectitud moral de su opinión, y al final llevaron a Fernando II a emanar las Leyes de Burgos de 1512 en defensa de los indios. Al «grito» de alarma del sermón del intrépido Fr. Antonio Montesinos asistió también el joven Fr. Bartolomé de las Casas, bien conocido por su defensa de la libertad de los indígenas, al cual debemos una transcripción del incendiario sermón en su *Historia de las Indias*². Fr. Tomás de Berlanga, como prior del convento, recibió en la Orden a su discípulo y amigo Fr. Bartolomé de las Casas y a partir de entonces compartieron el mismo celo y solicitud por el bienestar de los nativos, solicitud que le creó muchos sinsabores.

A lo largo de los treinta años que pasó en las Indias llegó a ser Prior del Convento de los Dominicos de Hispaniola, y más tarde alcanzó el cargo de provincial, el primero en América de la Orden de Santo Domingo. Muy pronto se dio a conocer también al Consejo de Indias y al emperador Carlos I por sus dotes como negociador e interlocutor entre las órdenes religiosas que se iban asentando en el Nuevo Mundo, por lo cual fue propuesto al papa Clemente VII para que lo nombrara obispo de Tierra Firme, o Castilla del Oro, cuya sede estaba asentada en Panamá, propuesta que el papa aceptó en 1533.

Poco después de su nombramiento como obispo de Panamá, Fr. Tomás recibió instrucciones del empe-

rador para que se desplazara a Perú con la misión de mediar en las disputas entre el gobernador, Francisco Pizarro, y el adelantado, Diego de Almagro. El viaje de Santo Domingo a Panamá para tomar posesión de su sede episcopal fue penosísimo. Todos sus acompañantes, y él mismo, enfermaron a causa de las varias enfermedades tropicales que infestaban la selva panameña. Tras reponerse de las fiebres, el 23 de febrero de 1535, el obispo salió hacia Perú siguiendo las instrucciones del emperador.

La ruta que se seguía en la época para navegar de Panamá a la Bahía de Caráquez (en Ecuador) era la «ruta de cabotaje», que consistía en navegar siguiendo la línea de la costa, sin perder nunca de vista los varios accidentes del terreno que estaban ya identificados. El viaje de Fr. Tomás a Perú es relativamente bien conocido gracias a la carta que el 26 de abril de 1535 envió al emperador desde Puerto Viejo (en Ecuador), que era el destino de la primera etapa de su viaje. La carta está dirigida a la *Sacra Cesárea Católica Magestad* y se abre con esta brevísima introducción:

Pareciome ser justo hacer saber a Vuestra Magestad el proceso de mi viaje desde que partí de Panamá, que fue en veinte e tres de hebrero deste presente año, hasta llegar a esta Villa nueva de Puerto Viejo³.

La historia de la increíble aventura de su viaje la contó el mismo Fr. Tomás en dicha carta, cuyo contenido constituye la referencia más antigua que existe al archipiélago de las Islas Galápagos y su primera descripción. De esta y otras cartas de Fr. Tomás se puede deducir que no era un fraile dominico cualquiera; tenía una personalidad resuelta y altamente pragmática, y poseía extraordinarios conocimientos científicos y astronómicos, que, como se verá, le sirvieron para tomar decisiones acertadas en los momentos más críticos del accidentado viaje.

El barco en el que navegó Fr. Tomás era un galeón de carga, ya que, como dice en su carta, llevaba caballos y barriles de vino a Perú. Los siete primeros días hizo un buen tiempo, por lo cual el barco pudo avanzar bastante en su ruta costera; pero a continuación siguieron seis días de «calma», quedando la nave a merced de las corrientes marinas, siendo arrastrada por la, entonces desconocida, corriente Humboldt, sin que el piloto pudiera controlar su rumbo ni saber dónde estaban, ya que habían perdido la vista de la costa: «... eran tan grandes las corrientes —escribe Fr. Tomás— que nos engolfamos, de tal manera que miércoles en diez de marzo vimos una isla».

En aquel momento, ni Fr. Tomás ni ninguno de la tripulación se dio cuenta de lo que habían descubierto, ya que pensaban solo en resolver sus necesidades inmediatas: encontrar agua y hierba para los caballos. No sabían que se hallaban a más de 1000 km de la costa, en medio del Pacífico, en una región mágica y desconocida, poblada de islas que en la neblina matutina parecían flotar sin rumbo. Eran las Islas Encantadas, como las llamará poco después (1545) otro mariner español, el capitán Diego de Rivadeneira. En la bodega del barco quedaba agua tan solo para dos días, por lo cual, pensaron que aquella isla sería su salvación.



Panorama de Floreana con la Playa Negra en primer plano

Se desconoce el punto preciso en el que desembarcaron, ya que, incluso hoy día con los nuevos sistemas de navegación, resulta difícil acercarse a las costas de las Galápagos, por las rocas semisumergidas y los inesperados remolinos de agua subyacentes a un cuarto de milla de la costa. Por las coordenadas facilitadas por el dominico, de las que hablaremos más abajo, cabe pensar que se hallaban ante una de las islas más pequeñas y la más al sureste del archipiélago, Española (Hood, en las cartas inglesas). Con toda probabilidad desembarcarían en el fondeadero que hoy se conoce como Punta Suárez, que es uno de los más seguros de la isla; la alternativa, habría sido Bahía Gardner, en la misma isla, o en el pequeño islote de Gardner, también relativamente seguro, que se halla a media milla al nordeste de Española. El texto de la carta, sin embargo, no apoya esta segunda opción; ya que Fr. Tomás, al describir lo que encontraron, que no fue ni el agua ni la hierba que tanto necesitaban, habla de: «lobos marinos, y tortugas y galápagos, tan grandes que llevaba cada uno un hombre encima, y muchas iguanas que son como sierpes...». Este detalle corresponde precisamente con la fauna existente en Punta Suárez. Los estudiosos que se han ocupado de la fauna de las Galápagos han analizado las palabras del dominico y comprobado la veracidad de sus asertos⁴.

Después de explorar la isla durante todo el día, no pudieron dar con agua; por lo cual decidieron hacerse de nuevo a la mar⁵. Tras un día de navegación, escribe, «vimos otra isla mayor que aquella y de grandes sierras...». Nuevas esperanzas surgieron en la tripulación, conscientes de que ahora tenían agua solo hasta la mañana siguiente. La isla a vista parecía tener mayores posibilidades de contener algún manantial, pues se podían divisar numerosas elevaciones en el terreno y algunas zonas verdes; además era mayor que la primera.



Floreana con su capital, Puerto Velasco Ibarra, en primer plano y Cerro Pajas en el centro

Es al llegar a este pasaje de la carta donde, según la Dra. Figueras, que ha estudiado meticulosamente la personalidad y las obras de Fr. Tomás de Berlanga, el dominico facilita dos datos importantes, que han contribuido a identificar con certeza las islas a las cuales arribó: «por que la primera bojaría cuatro o cinco leguas y la otra bojaría diez o doce leguas». Es decir, la primera, Española, en la que no encontraron agua, tendría un perímetro aproximado de cuatro o cinco leguas (unos 28,5 km; en realidad, tiene 36 km); mientras que la segunda, Floreana, a la que se estaban dirigiendo, tendría unos 70 km (en realidad tiene aproximadamente 68 km)⁶.

Fr. Tomás y sus compañeros se convirtieron así en los primeros testigos que pudieron contemplar aquel espectáculo marino, desconocedores de lo que verdaderamente encerraba su descubrimiento. Era el 10 de marzo de 1535, doscientos noventa y nueve años y unos meses antes de que lo hiciera el más célebre de los exploradores de las islas, Charles Darwin.

Aquella isla que veían delante y en la que cifraban todas sus esperanzas parecía un espejismo. Debido a las «calmas», y sobre todo a las corrientes marinas que se producen entre aquellas islas, les llevó más de tres días hacer un recorrido de unos 60 km, durante los cuales, dice Fr. Tomás, «tanto los hombres como los caballos padecimos mucho trabajo». Por fin, con-

siguieron arribar a un punto de la isla que les permitió desembarcar.

Para determinar con certeza cuáles eran las islas que acababan de descubrir tenemos que recurrir de nuevo a la carta de Fr. Tomás. Dos días después de llegar a la segunda isla, es decir, el 16 de marzo de 1535, Fr. Tomás escribe: «Yo tomé el altura para saber en qué paraje estaban estas islas, y están desde medio grado hasta grado y medio de la equinocial, a la banda del sur...»⁷.

El archipiélago de las Islas Galápagos se encuentra 1° 40' N–1° 36' S, 89° 16'–92° 01' W. Fr. Tomás fue muy preciso al ubicar las dos islas que acababa de descubrir, hoy conocidas como Española y Floreana, al establecer la latitud geográfica de ambas, pues las coordenadas facilitadas por el dominico corresponden con la realidad. La primera, Española, la más austral del archipiélago, según Fr. Tomás, se encuentra en su extremo sur a 1° 25' (en realidad está a 1.38° S, 89.68° W), y la segunda, Floreana, a 1° 22' (1° 17' 51" S, 90° 26' 03" W), también en esa misma banda.

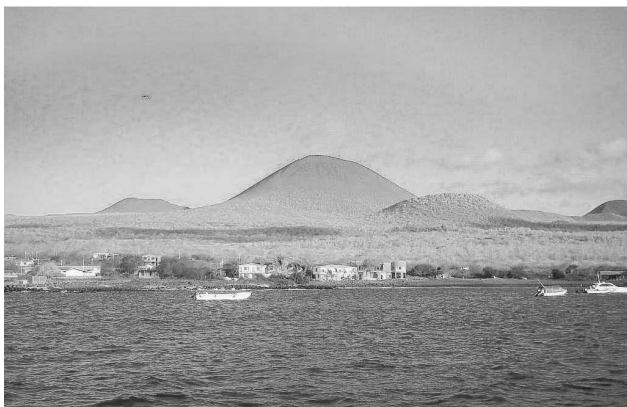
La confirmación de que se trataba de Española y Floreana la hallamos también en la misma carta cuando escribe: «Desde esta isla vimos otras dos, la una muy mayor que todas, que largamente bojaría XV o XX leguas, la otra era mediana...». Es decir, de las dos islas que podía ver desde Floreana, según los cálculos de Fr. Tomás, «la mayor de todas» podía tener un perímetro de unos 111 km, mientras que la «mediana» era igualmente mayor que las dos que habían visitado. Efectivamente, desde Punta Cormorant, al norte de Floreana, que era donde se hallaba el dominico cuando hace estas observaciones, en un día claro, pueden verse las mencionadas islas; la «mayor» es Isabela (Albemarle en las cartas inglesas), la más grande de todas las islas del archipiélago, y la «mediana» es Santa Cruz (Indefatigable).

Por lo que se refiere al lugar exacto en que se hallaban, la Dra. Figueras, basándose en la carta, cree haber identificado la playa en que se encontraban, al describirla Fr. Tomás como la playa en la que «había muchas chinas, que daban la impresión de puntas de diamantes, y otras de color de ámbar».

Efectivamente, la playa de la Bahía Cormorant, a la que llegó Berlanga es la única de todas las islas del archipiélago que tiene, mezclada en su arena y lava pulverizada, cristales de olivina (u olivino) y fragmentos de cuarzo... que, al mezclarse con el agua del mar, refulgen como «puntas de diamante»⁸.

Fue en esta playa, hoy conocida como Punta Cormorant, donde hicieron el pozo y donde Fr. Tomás celebró la primera misa en las Galápagos: «Domingo

de Pasión, yo hice sacar en tierra recaudo para decir misa...», es decir, era el Domingo de Ramos, 14 de marzo de 1535, cuando Fr. Tomás y sus acompañantes pusieron los pies en Floreana. Aparte el hecho de celebrar un día tan señalado en el calendario litúrgico de la Iglesia, que evidentemente el obispo usaría para consagrar aquellas islas a la fe cristiana con la esperanza de un futuro de fe y bienandanza para los colonos venideros, no dejaría de implorar la bendición divina para conseguir agua para hombres y animales.



Puerto Velasco Ibarra, con Cerro Pajas en el centro de la isla.

Nada más fondear en Floreana, algunos acompañantes del dominico «entendían en hacer un pozo, e otros en buscar agua por la isla. Del pozo –dice Fr. Tomás– salió el agua más amarga que la de la mar en la tierra...». Ante el fracaso que tuvieron con la excavación del pozo, se dispusieron a buscar agua en la zona norte de la isla que era donde se encontraban; durante dos días recorrieron los diversos puntos donde creían poder hallar algún tipo de manantial. No consiguieron hallar ninguno. Por desesperación, abrasados de la sed, escribe el dominico,

... con la necesidad que la gente tenía echaron mano de unas hojas de unos cardos como tunas y por que estaban zumosas aunque no muy sabrosas, comenzamos a comer de ellas, e exprimirlas para sacar de ellas agua, e sacada parecía lavazas de legía e bebíanla como si fuera agua rosada.

A falta de cualquier otro tipo de bebida, decidieron masticar aquellos espinosos cactus y exprimílos, saliendo de ellos un líquido que más bien parecía «lavazas de legía»; no obstante, los hombres se lo bebían «como si fuera agua rosada...».

En el proceso de seguir buscando agua, Fr. Tomás describe las condiciones de la tierra en que se encontraban, que era al norte de la isla, con no muy buenas perspectivas de cara al futuro, pues aquella tierra era árida e incapaz de producir ni siquiera un poco de hierba:

En esta, en la arena de la playa, había unas chinanas, que así como salimos pisamos, que eran piedras de diamantes, e otras de color de ámbar; pero en toda la isla no pienso que hay donde se pudiese sembrar una hanega [fanega] de maíz, por que lo más de ella está lleno de piedras muy grandes que parece, que en algún tiempo llovió Dios piedras, y la tierra que hay es como escoria, sin que sirva, que no tiene virtud para criar un poco de hierba, sino unos cardones, las hojas de los cuales dije que cojíamos...

A partir de este punto, la carta da a entender que Fr. Tomás tomó el control directo de la expedición en busca de agua, enviando a los miembros de la tripulación en grupos «de dos en dos y de tres en tres» por toda la isla. Al no hallarla en las zonas bajas de la costa, el instinto los llevó a ascender a un cerro que se levanta próximo a la playa, desde el que pudieron ver otros cerros, como el Cerro Pajas, el Salinas y al fondo hacia el centro-oeste de la isla, una pequeña mancha verde que debía contener algún tipo de manantial para alimentar aquella vegetación. Hacia allí se dirigieron sin duda encabezados por Fr. Tomás, el cual escribe:

... fue Nuestro Señor servido que hallasen en unas quebradas entre las piedras, hasta media pipa de agua y cogida aquella, hallaron más y más, en fin, que se cogieron ocho pipas y los barriles y botijos que había en el navío...⁹.

Este manantial se halla en el denominado Cerro del Agua o Asilo de la Paz, situado a unos 280 metros sobre el nivel del mar.

La alegría de aquel descubrimiento que les salvó de una muerte segura debió ser inmensa, especialmente considerando los sacrificios inimaginables que tuvieron que padecer para llegar hasta el manantial que dista unos 10 km de la Bahía Cormorant, haciendo un recorrido difícilísimo por una senda inexplorada entre cactus resechos y piedras volcánicas que les cortaban el calzado como si fueran cuchillas de barbero, y maleza acumulada durante siglos que era imposible despejar si no era a golpe de machete, y todo esto, sin agua ni comida apropiada, más que carne o pescado de salazón. Al manantial se llega hoy, no desde Punta Cormorant, sino por el camino de tierra pisada que viene de Puerto Velasco Ibarra, al oeste de la isla. El Cerro del Agua constituye la única fuente existente en la isla y sigue abasteciendo a la pequeña población de Puerto Velasco Ibarra¹⁰.

La alegría del hallazgo fue temperada por la noticia de la muerte de dos compañeros y diez caballos que no pudieron aguantar la espera: «... de la necesidad del agua se nos murió allí un hombre, e desde en

dos días que salimos de aquella isla otro; e murieron diez caballos». A pesar de todas estas dificultades y contratiempos, el dominico todavía tuvo la energía y la curiosidad para observar y describir la fauna que halló en Floreana, que no era muy diferente de la que halló en la primera isla: lobos marinos, tortugas, iguanas y muchas aves que son «como las de España», pero «tan bobas que no sabían huir y muchos las tomaban a manos». La misma observación la hará Charles Darwin trescientos años más tarde¹¹.



Galápagos verde de Floreana.

Fr. Tomás, como puntualmente observa su biografía, nunca afirma en su carta haber descubierto nada nuevo, aunque, no cabe duda, era muy consciente de que esa era la verdad, al indicar la latitud geográfica e indicar que se trataba de islas que no eran parte del continente. Es decir, «no anunciaba haber descubierto nuevas tierras para su Rey, pero sí que existían unas islas, no productivas para la colonización, y que eran desconocidas» (E. Figueras, *op. cit.*, p. 236).

Tras haber cargado el agua que creían necesaria para llegar a su destino, que era Perú, Fr. Tomás y sus acompañantes se volvieron a embarcar, convencidos de que la costa continental no estaría a más de 20 o 30 leguas (de 127 a 190 km).

Pensando que no estábamos de esta tierra del Perú más de veinte o treinta leguas, contentámonos con el agua ya dicha, que pudiéramos tomar otras veinte botijas de aquellas; pero fizimonos a la vela, e con mediano tiempo navegamos once días sin ver tierra, e vino a mi el piloto e maestre a decirme dónde nos estábamos, e que no había en la nao más de una pipa de agua.

Gravísimo error de cálculo en el que cayó tanto el dominico como el piloto del navío, sin duda, a causa de haberse fiado de la distancia recorrida, sin tener en cuenta que el barco había sido arrastrado por las co-

rrientes marinas sin poder controlar ni medir su rumbo. La realidad era que se hallaban a más de 1.100 km de la costa de Ecuador.

Después de once días de navegación, creyendo que iban hacia la costa, improvisamente, el piloto y maestre de la embarcación le dijo a Fr. Tomás que no sabía dónde se encontraban y que tan solo les quedaba una pipa de agua. La cosa debió sorprender al dominico, ya que los maestros de navegación, especialmente en estas partes remotas y mal conocidas en las cartas, debían pasar un riguroso examen en la Casa de Contratación de Sevilla. Pero esa era la situación en que se encontraban y el piloto no tuvo más remedio que dirigirse al religioso al que debía conocer bien y sabía que podía ayudarle en aquel aprieto. Fr. Tomás, sin alterarse, decidió tomar las riendas de la embarcación y sus tripulantes; escribe en su carta a Carlos I:

Yo procuré tomar aquel día el sol, y hallé que estábamos tres grados de la banda del sur y vi que por el rumbo que llevábamos, que más nos engolfábamos, que no llegábamos a la tierra, por que íbamos al sur. Hice virar del otro bordo.

«Procuré tomar aquel día el sol» es frase que significa calcular la altura del sol sobre el horizonte para saber a qué grados de latitud se encontraban con respecto al ecuador. La medición astronómica se hacía en aquellos días con el astrolabio marino que evidentemente Fr. Tomás sabía manejar¹². Tan pronto como descubrió el error, hizo virar el barco en dirección este; y por lo que se refería a la escasa reserva de agua, Fr. Tomás, con un sentido práctico extraordinario, determinó:

... y la bota de agua repartíla de esta manera, que la mitad se dio para las bestias, y con la otra mitad hizose brebaje que se hinchó la pipa de vino, teniendo por cierto que no podíamos estar lejos de la tierra, y navegamos ocho días, los cuales duró la pipa del brebaje, dando ración a cada uno que se contentaba; y acabada aquella pipa, que no nos quedaba más remedio, vimos la tierra y dionos calma dos días, en los cuales bebimos vino puro, pero teníamos ánimo en ver la tierra ...

La alegría de ver la tierra, aunque las «calmas» les retuviesen dos días más, y los tragos de vino, hicieron levantar los ánimos de aquella probada tripulación hasta que, finalmente, Fr. Tomás pudo anunciar que habían entrado «en la bahía y río de los Caraques, viernes en IX de abril...».

Como último detalle, Fr. Tomás describe al emperador la bahía de Caráquez, corrigiendo la latitud

en la que la situaban las cartas de la época, al mismo tiempo que le anticipa algunas noticias de su misión:

Esta bahía de los Caraques está en medio grado de la banda Sur, e en las cartas está en tres grados; desde esta bahía hasta Puerto Viejo, hay nueve leguas por la costa del mar. Esta dicha bahía es uno de los lindos puertos que pueden ser en el mundo, que pueden llegar los navíos tres a cuatro leguas, e no suben más. En este entró el Adelantado Pedro de Alvarado, e destruyó un pueblo que allí había de indios y alborotó otros; y por donde él fue con su gente es lástima ver el destrozo. Yo me partí desde esta bahía con los pasajeros por tierra e a pie, porque las bestias venían fatigadas, por venir a esta villa de Puerto Viejo.

Su carta está firmada en la Villa de Puerto Viejo, el 26 de abril de 1535. Tras escribir al emperador, Fr. Tomás siguió hacia Perú para encontrarse con Pizarro y Alvarado y componer sus diferencias, según le había encargado Carlos I.

A pesar de la brevedad de la carta, la abundancia de detalles precisos y la facilitación de las coordenadas han permitido a su biógrafa establecer el paraje al que arribó, la isla en la que desembarcó y la playa en la que celebró la primera misa en el archipiélago; de tal manera que se puede afirmar con toda certeza que la primera isla que visitó fue la que hoy se conoce con el nombre de Española (que las cartas inglesas llaman Hood), y con toda probabilidad llegaron con el batel entre la hoy denominada Bahía Gardner y Punta Cevallos, que quedan en el nordeste de Española. La segunda isla en la que fondearon fue sin duda Floreana, o Santa María, desembarcando, como se dijo, en la Bahía Cormorant.



Floreana vista desde Bahía Cormorant con Cerro Pajas al fondo.

La descripción de las islas que hace en su carta al emperador es una prueba más de su curiosidad e interés por todo lo nuevo. En aquel paisaje de encanto vio muy realísticamente no el paraíso terrenal, sino un mundo nuevo y distinto del que conocía, poniendo de

relieve lo exótico del lugar como eran sus pedregales («Diríase que había caído una lluvia de piedras»), e incluyendo una descripción de su especialísima flora [los *cardones*] y fauna: «lobos marinos y tortugas y galápagos tan grandes, que llevaba cada uno un hombre encima, y muchas iguanas, que son como sierpes (...) muchas aves como las de España»; y describiendo por primera vez los pingüinos como «pájaros bobos, que no saben huir»; y estableciendo con toda precisión dónde se encuentra este mundo mágico, facilitando con precisión las coordenadas.

La vida y las obras de este insigne dominico, sin embargo, deben ser recordadas y celebradas, no solo por el inesperado descubrimiento de las Islas Galápagos, sino también por sus ideas avanzadas sobre cómo mejorar las vías de comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, dejando de lado la quimera del mítico «Paso de Anián», un hipotético «estrecho» que unía ambos océanos, que dio tanto que hablar en su día¹³.

Como obispo de Panamá tuvo la oportunidad de viajar repetidamente a lo largo y ancho del Istmo de Panamá, que se encontraba dentro de los límites geográficos de su obispado. Dados sus intereses científicos y de progreso, se interesó por estudiar y mejorar las comunicaciones en el istmo y concretamente la ruta que, a través del río Chagres, comunicaba ambos océanos, el Pacífico, o Mar del Sur, con el Atlántico, o Mar del Norte. Entre los escritos y dibujos de Fr. Tomás, se encuentran los cálculos más antiguos y las especulaciones más acertadas de que se tiene noticia sobre la posibilidad de la construcción de un canal, conjeturando la posibilidad de un paso de agua que pusiera en comunicación los dos océanos. Ello le llevó a proponer al emperador, en carta del 22 de febrero de 1535, la completa reestructuración del recorrido del río Chagres, con la creación de dos ciudades a ambas cabeceras del río y una travesía, o paso, entre los dos océanos, utilizando dicho río. El intrépido dominico veía en aquella reestructuración la clave del progreso para la zona, por la facilitación de las comunicaciones y el transporte de mercancías entre los dos lados del continente:

Si este paso, por la manera susodicha, se remedia, no hay más necesidad de buscar otro estrecho, porque Vuestra Magestad será señor de un tan gran Mundo como el que en esta Mar del Sur se descubre, e espera se descubrirá, e tenerlo todo como debajo de llave, e entren e salgan por contadero; pues hecho lo que dicho tengo, no queda sino una jornada por tierra¹⁴.

Fr. Tomás pensaba que estas comunicaciones abaratarían los costos del transporte de mercancías, en particular de las especias y, sobre todo, porque dicho

canal representaría también el «engrandecimiento y ennoblecimiento del imperio español». Su original idea se materializaría varios siglos más tarde con la obra de canalización del Chagres, y la construcción del Canal de Panamá.

En todas estas ideas y propuestas, Fr. Tomás tiene mucho del sabio renacentista para el que el saber no tiene fronteras religiosas. Su mundo es el universo que le rodeaba, como manifiesta en la descripción que ofrece al emperador de la bahía y río Caragues (*supra*) para terminar con las coordenadas de la misma: «está en medio grado de la banda del Sur, y en las cartas está en tres grados»; lo cual es exacto.

Sus grandes aptitudes como diplomático hicieron que el emperador Carlos I le encomendase numerosas misiones, algunas de ellas muy delicadas, como la ya mencionada a Perú, para entrevistarse con los conquistadores Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Se trataba de pedirles cuentas y verificar el estado de la Hacienda Real tras el reparto del oro que había pertenecido al imperio de Atahualpa y que los dos conquistadores se disputaban. Fr. Tomás llevaba también el encargo de medir y demarcar los territorios respectivos entre los dos conquistadores que, en sus disputas por la ambicionada ciudad de Cuzco, habían propiciado varias guerras civiles con gran pérdida de vidas humanas.



Las misteriosas cavernas de Floreana.

Fr. Tomás tuvo también algo que ver con los orígenes de la nación de Ecuador que, puede decirse, tuvo su origen en una carta que fray Tomás escribió al emperador el 20 de noviembre de 1535, aconsejándole que una parte del norte de lo que entonces era Nueva Castilla, o Perú, se constituyera en una nueva Provincia, nombrando como gobernador a Hernando Pizarro, creándose con ello la llamada Gobernación de Quito.

Con cincuenta años cumplidos y treinta de servicio en América, Fr. Tomás de Berlanga regresó a España en 1540 con la intención de volver a Panamá con maestros de obra para construir su catedral; pero el barco en que hacía la travesía naufragó y varios

miembros de su familia, junto con numerosos obreros especializados que llevaba, perecieron; Fr. Tomás se salvó de milagro. Intentó de nuevo regresar a su sede poco después, consiguiéndolo. Tres años más tarde, en junio de 1543, regresó de nuevo a España para reponer su salud; le acompañaba un caimán de más de tres metros cuyos restos disecados hoy día se conservan en la colegiata de Berlanga de Duero («Lagarto de Berlanga»). Pasado un año de descanso y recuperación, recibió una cédula del príncipe Felipe, urgiéndole que regresase inmediatamente a su sede de donde se había ausentado «demasiado tiempo». Fr. Tomás, todavía no repuesto del todo, se tomó a mal el mandato, considerándolo una ingratitud de la Corona, después de tantos trabajos y sacrificios prestados. Fue a raíz de estos hechos cuando decidió presentar su renuncia al obispado de Panamá ante el Consejo de Indias, a cambio de que se le concediera una pensión. La Corona le concedió una de doscientos mil maravedís al año. Fr. Tomás se retiró a su ciudad natal donde disfrutó de su cuantioso patrimonio acumulado durante su residencia en Panamá¹⁵. Falleció en Berlanga el 8 de julio de 1551.

De las vicisitudes históricas y legendarias de la Isla Floreana, a las que vamos a dedicar el resto de esta crónica, como las de las demás islas, tras su descubrimiento y descripción por el fraile dominico, no se sabe mucho hasta cuarenta años más tarde, cuando aparecen sus nombres en los mapas de Gerardus Mercator y Abraham Ortelius (1570), donde se llama al conjunto insular *Insulae Galapagos*, refiriéndose a la presencia de tortugas gigantes.

Por lo que se refiere concretamente al nombre Floreana, anteriormente conocida como *Charles* en las cartas inglesas, o Santa María, se cambió por el de Floreana para honrar la memoria del primer presidente de Ecuador, Juan José Flores, durante cuyo mandato Ecuador tomó posesión del archipiélago, que pasó a llamarse oficialmente Archipiélago de Colón.

Floreana es una de las islas Galápagos más al sur del archipiélago, como se dijo al hablar de su descubrimiento. Tiene una longitud aproximada de 16,6 km en dirección norte-sur, y una anchura de 15,7 km en dirección este-oeste; por tanto, es, esencialmente, redonda. Su área es de 172,5 km². Como las demás islas, es de origen volcánico, nacida del fondo del mar y no desgajada del continente. Tiene numerosas colinas que se pueden observar desde el barco en todas las direcciones, las cuales, en su día, fueron otros tantos volcanes. La más alta, Cerro Pajas, tiene una elevación de 640 m sobre el nivel del mar. Acercarse a la isla representa un gran riesgo para la navegación ya que existen numerosas rocas visibles a flor de agua y otras invisibles que hacen muy peligrosas sus cos-

tas, motivo por el cual raramente es visitada por el turismo. El Cerro del Agua, del cual hablamos más arriba, con su verdor, es una buena referencia para acercarse a la capital de la isla, Puerto Velasco Ibarra (nombre dado a la capital para honrar la memoria de José Velasco Ibarra, presidente de Ecuador). Se encuentra en la mitad occidental de la costa de la isla en el fondeadero conocido como Playa Negra, o Playa Prieta (Black Beach). A media hora de navegación de Playa Negra, rumbo norte (recuérdese que no hay senda ni camino costero en la isla), se encuentra la Bahía del Correo (Post Office Bay), lugar que ha atraído la atención internacional, donde se halla el célebre barril colocado por el pirata Colmet en 1793. En torno a este barril se desarrolló durante siglos una gran actividad, como centro de tránsito comercial y de la piratería, que convirtió aquel barril en una especie de «oficina de correos». Era, y es, un barril de madera en el que balleneros y piratas dejaban y recogían sus cartas, así como las provisiones que necesitaban para sus largas travesías, como eran las célebres tortugas, al mismo tiempo que, por ser un remanso muy seguro, reparaban sus naves. En los alrededores de esta bahía sucedieron algunos de los hechos más dramáticos de los que hablaremos en la segunda parte de nuestra crónica. Siguiendo rumbo norte, de frente a Punta Cormorant, en un islote que emerge del fondo del mar como un cono volcánico, se puede visitar, con la debida precaución, otro punto de atracción turística, conocido como Corona del Diablo.

Floreana es una de las primeras islas habitadas por seres humanos y con una historia y una leyenda que cautivan. Por otra parte, su fauna es igualmente una de las más singulares del archipiélago. Además de flamings, lobos marinos, iguanas, pájaros bobos de patas rojas y azules, hay enormes tortugas marinas verdes, de las que habló ya Fr. Tomás, que hacen aquí sus nidos de diciembre a mayo. Se encuentra también el volátil más raro de las Galápagos, el *patapegada*, un pájaro que pasa la mayor parte de su vida lejos de la tierra.

Tras su descubrimiento, se tienen noticias de un primer viajero que pasó, también por caso, por estas islas en 1545; fue éste el capitán Diego de Rivadeneira, al cual se atribuye haberles dado el nombre de Islas Encantadas, por creer que flotaban sobre la superficie del mar. Esta noticia es conocida por la carta que el 27 de agosto del mismo año envió Francisco Castellanos al príncipe Felipe (futuro rey de España), describiendo el viaje de Rivadeneira a las «Islas Encantadas» y pidiendo para el dicho capitán la capitulación y repoblación de aquellas islas¹⁶. No está claro si en 1548 otro marino español, Nicolás Ibarra, piloto del pacificador del Perú, D. Pedro de La

Gasca (ca.1496-1567), realmente vio estas islas, o la referencia que hace a este viaje su patrón, La Gasca, en su carta al Consejo de Indias, se refiere a una isla llamada «de los Galápagos» que se encuentra cerca de Guayaquil¹⁷.

Durante los siglos XVII-XIX, el archipiélago estuvo a la merced de piratas y bucaneros que tenían allí su escondrijo en cuevas naturales y otras excavadas en las rocas, desde donde atacaban a los galeones españoles que transportaban los productos de Asia hasta Acapulco.

El primer inglés del que se tiene noticia que pasó por estas islas fue el pirata Richard Hawkins (ca. 1562-1622); pero de su presencia en las islas, en 1585, no se sabe mucho. Sir Richard era capitán de una de las naves de la expedición del pirata Francis Drake (conocido como «el Draque»), que en 1585 atacaban a los galeones españoles que navegaban en los mares de las colonias (Spanish Main) y hacia España. Richard Hawkins se dio a conocer sobre todo por el importante papel que jugó como comandante de una de las naves inglesas que participaron contra la Armada Invencible en 1588. En 1593 compró el barco que había sido construido para su padre, el *Dainty*, con la sola finalidad de navegar a la Indias Occidentales y atacar a los galeones de España. A pesar de que estos hechos sean bien conocidos y documentados, en sus memorias, escritas treinta años más tarde, sostuvo que la expedición a las Indias Occidentales la había hecho exclusivamente para realizar descubrimientos geográficos; de hecho, se atribuyó el descubrimiento de Las Malvinas (Falkland Islands). Durante dicha expedición su nave fue arrastrada por los vientos hasta el extremo sur del continente americano; pasó el Estrecho de Magallanes y, después de navegar al norte por la costa del Pacífico, cayó sobre Valparaíso, que saqueó y devastó con sus aliados piratas. Su aventura en los mares del sur acabó al ser atacado por dos naves españolas; 27 de sus hombres murieron en el asalto y él resultó gravemente herido. El *Dainty* quedó medio hundido en las costas de Chile con todo su botín. Richard Hawkins, reconociendo su inferioridad numérica y capacidad de fuego, se rindió el 1 de julio de 1594, siéndole prometido por el capitán de las naves españolas un salvoconducto para él y los pocos miembros de su tripulación que sobrevivieron el ataque. La promesa del comandante español, sin embargo, no fue ratificada por la administración colonial y el pirata Hawkins, con todos los suyos, fue trasladado a España en 1597 para ser procesado; fue encarcelado, primero en Sevilla y después en Madrid. Cinco años más tarde, en 1602, fue puesto en libertad, regresando a Inglaterra, donde fue nombrado caballero de la Corona y alcalde de Plymouth. Murió en

Londres el 17 de abril de 1622, tras haber luchado incansablemente contra piratas en el Mediterráneo. En sus memorias (*Voiage into South Sea*) describe a los españoles de las Américas de manera positiva, considerándolos hombres «*temperate and gentle*», es decir, «moderados y amables»; con buena razón, ya que, como bucanero, siguiendo los usos de la época, podía haber sido colgado del mástil más alto de la nave.

El viaje del capitán Hawkins es típico de lo que sucedió entre los que se aventuraban a acercarse a estas islas, infestadas, hasta primeros del siglo XIX, de piratas, bucaneros y balleneros europeos (especialmente ingleses, holandeses, suecos y noruegos), que cazaban las enormes tortugas para abastecer sus barcos de carne fresca, apilándolas en las bodegas y sirviéndose de ellas durante las largas travesías, y como escondrijo para atacar a los galeones españoles que transportaban el oro y la plata desde las colonias de Asia a Acapulco y sucesivamente a España.



Tortuga galápagos de Floreana.

La historia de piratería, rapiña y devastación de la fauna de estas islas se repite, en parte, en 1684, cuando el bucanero y cartógrafo William Ambrose Cowly, durante su viaje de circunnavegación del globo, trazó el primer mapa crudo de las Galápagos, dándoles nombres ingleses en honor de sus compañeros de viaje o de la realeza y nobleza inglesa. A Floreana, como se dijo, la llamó Charles en honor del rey Charles II de Inglaterra. Los nombres ingleses fueron usados en las cartas de navegación preparadas para el célebre viaje del Beagle, bajo el capitán Robert Fitz Roy, y por el mismo Darwin en su libro *The Voyage of the Beagle*. Tras la independencia de Ecuador en 1832, la nueva república volvió a nombrar oficialmente las islas con los nombres castellanos que llevan hoy día¹⁸. Los viejos nombres ingleses, sin embargo, siguen usándose en publicaciones en lengua inglesa, incluso Herman Melville en su célebre libro *The Encantadas* (1854) siguió haciendo uso de ellos, a pasar de que para esa fecha sus nombres oficiales eran castellanos.

En 1793, James Colnett, explorador y oficial de la marina británica, describió por primera vez la fauna y la flora de las Galápagos, sugiriendo la idea de que dichas islas podían servir de base para los balleneros que faenaban en aguas del Océano Pacífico, trazando al mismo tiempo cartas precisas de navegación entre las diversas islas. Piratas y balleneros ingleses, junto con cazadores de focas por sus pieles, entre ellos el mismo James Colnett, fueron los responsables de la captura y el exterminio de las tortugas gigantes en Floreana y otras islas para extraer su carne y grasa. Las tortugas, como se dijo, eran mantenidas vivas en las naves como fuente de proteínas durante las largas travesías, ya que estos enormes animales pueden sobrevivir sin agua y sin comida durante meses; pero su captura y consumo llevó a la casi total extinción. Ecuador, una vez identificada la especie endémica de la isla, está hoy día tratando de repoblar Floreana de estos raros animales.

El daño causado a la fauna de las islas por bucaneros, filibusteros y traficantes de todo tipo fue incalculable, no solo por lo que se llevaron o destruyeron, sino por lo que dejaron: animales ajenos a las islas, como perros, gatos, cabras, ovejas, caballos, burros, gallinas, cerdos y ratas; sobre todo ratas, que convirtieron las islas en un lugar inhabitable y dañaron profundamente la fauna nativa. Entre los animales más destructivos que dejaron fue el cerdo; las grandes piaras lo destruyeron todo, plantas y animales, devorando iguanas, tortugas, pájaros, cuyos nidos fueron la presa preferida del voraz cochino. Las estadísticas sobre los desastres causados por los animales abandonados en las islas son abrumadoras. Baste un solo ejemplo: en 1959 unos pescadores dejaron en la Isla Pinta dos cabras hembras y un macho; en 1973 el Servicio Nacional del Parque de las Islas Galápagos calculó que la población de cabras en la Isla Pinta era de más de 30.000. Es imposible calcular la multiplicación de conejos y ratas y otros animales con alta capacidad reproductiva. El programa iniciado en 1996 para eliminar de las islas todas las especies introducidas en el pasado, hasta el momento, ha tenido resultados muy positivos en relación con los animales mayores; pero las ratas han sido eliminadas solo en dos islas pequeñas, Rábida y Pinzón; en las demás siguen siendo el gran enemigo de la fauna nativa.

Durante el siglo XIX, con las nuevas técnicas de pescar y la mayor capacidad de los buques, dio inicio una nueva fase aún más devastadora para la fauna de las Galápagos, la pesca de la ballena. En 1818 el buque ballenero *Globe* de Nantucket (EE. UU.), bajo el mando del capitán George Washington Gardner, descubrió el esperma de ballena a mil millas de la costa de Suramérica, aproximadamente en la línea

del ecuador, es decir, entorno a las islas Galápagos, en una zona conocida como Offshore Grounds. Dos años después de salir de Nantucket, el *Globe* regresó a la base con más de 2.000 barriles del preciado aceite de cachalote y las noticias de su descubrimiento en gran número. La noticia se corrió inmediatamente entre los balleneros de Nueva Inglaterra que lanzaron una expedición tras otra a las Galápagos para cazar los enormes mamíferos que les ofrecían riquezas inesperadas. La pesca industrial a gran escala llevó a la casi extinción de las ballenas en la zona. Pasarán casi dos siglos antes de que se prohíba la pesca de ballenas en la zona y que el entero archipiélago sea declarado santuario para ballenas (1990).



Playa Negra al atardecer, Floreana.

Poco después del regreso del *Globe* a Nantucket, salió el buque ballenero *Essex* hacia la zona de las Galápagos donde se hallaban las enormes ballenas. El *Essex*, de paso por el Archipiélago camino de vuelta, se paró en Floreana para proveerse de agua y de tortugas que eran la delicia de la mesa de los marineros.

Como es sabido, esta zona del Pacífico, y concretamente el Archipiélago de las Galápagos, tiene un ecosistema sumamente delicado, yendo a través de enormes cambios climáticos; a años de lluvias torrenciales, durante el fenómeno atmosférico conocido como La Niña, siguen otros de sequía total (El Niño), durante los cuales no cae ni una gota de agua, no crece absolutamente nada y los animales, reptiles y volátiles, mueren por falta de comida. Se calcula que durante la reciente sequía de 1982-1983 el 70% de las iguanas marinas murieron de hambre causada por el fenómeno El Niño.

Cuando el *Essex* atracó en Floreana, la isla llevaba tres años sin recibir una gota de agua, debido al mencionado fenómeno. Floreana, como Española, comparadas con las demás islas, son relativamente llanas, motivo por el cual los cambios climáticos son más rápidos y pronunciados. El timonero del *Essex*, Thomas Chappel, por razones todavía desconocidas, mientras sus compañeros se hallaban por la isla cazando tortu-

gas, hizo fuego, tal vez para cocinar. Inmediatamente, a causa de la sequía, el fuego se extendió por toda la isla sin poderlo controlar; sus compañeros con gran dificultad pudieron llegar a la nave desde donde contemplaron cómo la entera isla ardía sin control. Algunos de los marineros declararon sucesivamente que, después de un día de navegación, todavía podían ver las llamas en el horizonte. Uno de aquellos marineros, Thomas Nickerson, que regresó a la isla después de algunos años, declaró que la había hallado todavía como una tierra devastada. La entera fauna de la isla pereció.

Pero la desventurada tripulación del *Essex* no escapó al castigo de su imprudencia. Mientras se alejaban de la isla, dejándola en llamas, una enorme ballena blanca, enfurecida, estrelló su cabeza contra el casco del barco, volcándolo y mandando a pique la tripulación y el contenido de la nave. A duras penas los tripulantes pudieron salvarse del naufragio usando tres chalupas. Era el 20 de noviembre de 1819, cuando el *Essex* se hallaba a 2.000 millas al oeste de las Galápagos. Los marineros anduvieron a la deriva durante meses, abrasados por el sol y muertos de hambre, situación que los llevó a tomar una decisión extrema para sobrevivir, comerse unos a otros. Echaron a suertes con el consabido método de la paja para decidir a quién tocaría morir para que los demás sobreviviesen; una vez decidida la víctima, volvían a echar las suertes para decidir quién sería el encargado de matarlo, descuartizarlo y servirlo. De los veinte marineros que formaban parte del *Essex* solo ocho sobrevivieron, los cuales fueron hallados en las chalupas meses después del naufragio cerca de las costas de Suramérica, locos, royendo los huesos de sus compañeros. La historia del naufragio del *Essex* y el trágico final de su tripulación, que un joven de veintidós años, Herman Melville, leyó mientras navegaba como ayudante de bordo en el buque ballenero *Acushnet*, fue la fuente de inspiración para su célebre novela *Moby Dick*, en cuyas páginas, según el crítico contemporáneo Nathaniel Philbrick, «se contiene nada menos que el código genético de América: todos los ideales, las promesas, los problemas y conflictos que contribuyeron a la explosión de la revolución de 1775 y a la guerra civil de 1861»¹⁹.

Doce años después del incendio devastador de Floreana, que acabó con las grandes tortugas y otros reptiles, en 1832, tras la anexión del archipiélago por Ecuador, el primer gobernador de Galápagos, el general José de Villamil, intentó repoblar la isla, estableciendo una colonia penal. En octubre de aquel mismo año llevó también algunos agricultores y artesanos para que estableciesen en la isla su residencia permanente. El experimento fracasó por falta de agua y las duras condiciones de vida. Muchos prisioneros

murieron de hambre y de los malos tratos de los guardianes, el gobernador no tuvo más remedio que cerrar la prisión y poner fin al entero proyecto. Floreana, desierta y desolada, volvió a su estado salvaje, como se verá más adelante.

Cuando el 15 de septiembre de 1835 el buque planero HMS Beagle, al mando del capitán Robert FitzRoy, llegó a las Galápagos, el futuro del archipiélago empezó a tener su reconocimiento en los círculos científicos. A bordo del barco, que debía reconocer y levantar el mapa oficial de las islas, iba también un joven naturalista, Charles Darwin, el cual hizo sus primeras observaciones sobre la geología y la biología de cuatro islas: San Cristóbal (Chatham), Floreana (Charles), Isabela (Albermale) y Santiago (James). El 20 de octubre el Beagle dejó las islas para continuar su expedición alrededor del globo. Darwin quedó impresionado de la cantidad de cráteres que había en casi todas las islas, refiriéndose más tarde al archipiélago como «la tierra de los cráteres». Las cinco semanas pasadas en las islas le llevaron a varios descubrimientos sobre su formación geológica y a postular su teoría sobre la formación de la materia volcánica. De particular importancia fue su observación sobre los pinzones (*finches*, o *mocking birds*, ahora llamados *Darwin's finches*), notando que eran distintos unos de otros, según las islas en que se hallaban; esta observación le llevó, en un primer momento, a concluir que pertenecían a especies distintas. Cuando, durante el viaje de regreso a Inglaterra, tuvo la oportunidad de examinar los varios ejemplares que llevaba, concluyó que todos pertenecían a la misma especie y la diversidad entre sí se debía a la distinta evolución que cada uno había tenido, según la isla de la cual provenía, a cuyas condiciones había tenido que adaptarse. Estas observaciones le llevaron a formular su teoría de la selección natural para explicar la evolución. Antes de dejar Floreana, Darwin se encontró con el gobernador interino de las islas, Nicholas Lawson, el cual, mientras caminaban hacia la colonia de prisioneros, le explicó que también las tortugas gigantes eran diferentes según la isla en que se hallaban.

La presencia de Darwin y otros naturalistas dio el impulso definitivo al entero archipiélago como terreno fértil para la investigación de especies desconocidas; pero no debe olvidarse que en este campo ya habían trabajado anteriormente dos oficiales de la marina española, Alejandro Malaspina y José Bustamante y Guerra, durante sus expediciones de 1789-1794 a bordo de dos corbetas de la marina española (Descubierta y Atrevida), nombres con los que quisieron honrar la memoria de las dos naves del célebre Capitán Cook (Discovery y Resolution). Durante sus expediciones, estos dos capitanes levantaron mapas

de toda la costa occidental de las Américas, desde el Cabo de Hornos hasta el Golfo de Alaska, después de haber visitado todas las colonias españolas de ambas costas, con paradas en Guam, Filipinas, Nueva Zelanda, Australia y Tonga, desde donde regresaron directamente a Cádiz el 21 de septiembre de 1794. Fue en ocasión de estos viajes de circunnavegación del continente americano cuando el capitán Bustamante con su corbeta Atrevida pasó por la Isla Santa María (o Floreana), mientras su compañero Alejandro exploraba las costas del continente²⁰.

La historia humana moderna de la Isla Floreana ha sido objeto de particular atención internacional por los misteriosos acontecimientos que tuvieron lugar en los primeros años del siglo XX de los que nos ocuparemos en un próximo número de esta revista.

(continuará)

H. Salvador Martínez
New York University

¹ Heyerdahl, Thor y Skjølsvold 1956, *Archaeological Evidence of Pre-Spanish Visits to the Galápagos Islands*, Memoirs 12, Society for American Archaeology, Arne.

² Fr. Bartolomé, según dice en su *Historia*, fue profundamente afectado por las palabras de Montesinos, el cual lanzó esta inesperada requisitoria sobre aquellos que le escuchaban:

Para dároslos a conocer [vuestros pecados] me he subido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto de esta isla, y por tanto, conviene que con atención, no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la oigáis; la cual voz os será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás pensasteis oír.

Esta voz, comenta Fr. Bartolomé, encareció por buen rato con palabras muy punitivas y terribles, que les hacía estremecer las carnes y que les parecía que ya estaban en el divino juicio. La voz, pues, en gran manera, en universal encarecida, les declaró cuál era o qué contenía en sí aquella voz:

Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan oprimos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurrir y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado [en] que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo.

(*Historia de las Indias*, 3 vols., Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1956, vol. II, p.13 y 14).

³ La carta se conserva en el Archivo General de Indias, Patronato, 194, R.27. 26 de abril de 1535; fue publicada en la *Colección de Documentos inéditos* (CODOIN), tomo XLI, Cuaderno 2, 1884, pp. 538-544.

⁴ Como curiosidad, quiero mencionar las pocas referencias que en el pasado se han hecho a esta isla olvidada. Fue mencionada por Herman Melville en su novela *The Encantadas* (1854), y más recientemente en la novela de Alberto Vázquez-Figueroa *La iguana* (1982), convertida en película por Monte Hellman (1988), cuya acción se desarrolla en Española.

⁵ Española sigue hasta hoy día sin agua potable. Es la más árida de las Galápagos y los geólogos afirman que es una de las más viejas y en la actualidad está muriendo. Despojada de toda vegetación por falta de agua, está pasando a ser un desnudo pedregal.

⁶ Las dimensiones de ambas islas fueron, pues, calculadas por el dominico con increíble precisión. Cfr. Estrella Figueras Vallés, *Fray Tomás de Berlanga. Una vida dedicada a la fe y la ciencia*, Barcelona: Ochoa Editores, 2010, p. 230 y 246.

⁷ «Tomar el altura» en la terminología náutica de la época significaba establecer la altura del sol sobre el horizonte para calcular la posición de la nave con respecto al ecuador.

⁸ E. Figueras, *op. cit.*, p. 233.

⁹ Una pipa podía contener unos 500 litros de agua, ocho pipas y media, por tanto, contenían unos 4.505 litros, que era una cantidad considerable de agua cuando pensamos que tuvieron que transportarla hasta la nave por un terreno muy difícil y a una distancia considerable.

¹⁰ El manantial que halló Fr. Tomás y sus acompañantes producía en 2009 entre 7 y 8 litros al minuto; es decir, unos 480 litros a la hora y unos 11.520 al día, unos 80.640 litros a la semana. Hoy, en condiciones normales, sigue produciendo la misma cantidad de agua que es suficiente para la pequeña población de la capital de la isla que se compone de unas 25 casas (unos 100 habitantes), incluido el pequeño hotel Wittmer, un destacamento naval de Ecuador, una escuela y las oficinas del Parque Nacional Galápagos.

¹¹ *Viaje del Beagle*, Editorial Alhambra, S.A., Madrid, 1982, p. 176.

¹² Cómo llegó Fr. Tomás a saber exactamente la posición en que se hallaban y los conocimientos científicos que se requerían para orientarse en pleno océano lo explica minuciosamente la Dra. Figueras, *op. cit.*, pp. 239-245.

¹³ Fr. Tomás está bien enterado del debate en el Consejo de Indias y en la mayoría de los Estados europeos sobre la búsqueda del mítico «paso del Noroeste» que los españoles del s. XVI llamaron «Estrecho de Anián», en recuerdo de Marco Polo que había dado ese nombre a una isla del sur de China (Hainan). El intento era evitar la larga y peligrosa ruta por el Estrecho de Magallanes, descubriendo un paso entre los dos océanos cuya distancia, según Fr. Tomás, quedaría reducida a «una jornada por tierra» y así acortar el recorrido al mundo de las especias.

¹⁴ Archivo de Indias, Patronato, Est. 2, Caja 2, Leg. 2; publicada en CO-DOIN, tomo III, 1884, pp. 532-538, p.536.

¹⁵ Sobre el cuantioso patrimonio de Fr. Tomás, véase, E. Figueras, *op. cit.*, pp. 355-367.

¹⁶ La carta se conserva en el Archivo General de Indias, Guatemala, 45, n.º 10.

¹⁷ Cfr. E. Figueras, *op. cit.*, p. 448; y M. Jiménez de la Espada, *Las islas de los Galápagos y otras más al Poniente*, Madrid: Imprenta de Fontanet, 1892, p. 14 y 19.

¹⁸ El 8 de agosto de 1890, el presidente del Senado, Pedro Ignacio Lizarzururu, el presidente de la Cámara de Diputados, Carlos Matheus, y los secretarios de ambas Cámaras, A. Aguirre y Joaquín Larrea, firmaron en Quito un decreto por el que establecían los nombres definitivos a dar a 13 de las islas principales de las Galápagos, que hasta aquel momento habían llevado nombres ingleses. Floreana se conocía hasta entonces como *Charles*, y en castellano como Santa María, en honor de una de las carabelas de Colón.

¹⁹ Aparte el informe inicial del desastre (*The Narrative of the Most Extraordinary and Distressing Shipwreck of the Whale-Ship Essex*) que leyó el joven Melville, véase el gran libro de Owen Chase, *The Wreck of the Whaleship Essex*, 1821, ed. by William T. Vollmann. Véase también Thomas Nickerson, *Accounty of the Ship Essex Sinking, 1819-1821*, Nantucket, Massachusetts, Nantucket Historical Society. Retrieved 18 February 2013. El autor había sido ayudante de cabina del Essex cuando se fue a pique y regresó a Floreana muchos años después, hallándola todavía completamente devastada por el incendio y la sequía.

²⁰ La literatura sobre estas expediciones es riquísima. Se conserva también el diario de abordaje de J. Bustamante y Guerra, «Relación...», publicado por el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, Madrid, vol.VI, 1868, pp. 240-364.